

**Mauricio Tenorio Trillo, *De cómo ignorar*,  
México, CIDE-FCE, 2000, 200 p.**

Gerardo Maldonado Hernández

*Para F.E.G.*

Resulta sencillo —aunque no por ello correcto— creer en estos días que sabemos todo de casi cualquier cosa. Nuestro sentido común tiende a afirmar que la ciencia ha sido capaz de explicarnos todas las cosas del mundo y, si hay alguna que falte, en eso se está trabajando. El estímulo por saber es, quizá, una de las fuerzas más grandes que ha movido a la humanidad durante siglos y milenios. La necesidad de progreso de todas las sociedades se ha acompañado por esa urgencia del saber.

Sin embargo, a ratos se nos olvida que saber sólo nos lleva, a fin cuentas, a no saber; que el origen de nuestra menuda sabiduría descansa en la ignorancia. El ignorar es punto primigenio, pero también permanente, de todo nuestro conocimiento. Y aquí, el problema es que de tanto saber, hoy no sabemos cómo ignorar.

Pocos, muy pocos en realidad, se preocupan por aprender a ignorar, pues esto requiere un acto de valor y

atrevimiento. Es decir, poner en duda muchas de las ideas y las creencias en que nos hemos educado (y que sabemos sin tener que preguntarnos demasiado) es arriesgado, pues significa —en un sentido— contradecir a las “autoridades” académicas e intelectuales, quienes no descansan tratando de producir más conocimiento. Uno de esos pocos es Mauricio Tenorio Trillo. De entrada, su acto es valiente, y la publicación de su libro *De cómo ignorar* nos revela que es un poco atrevido. Según nos dice en su primer párrafo, “el saldo de cada momento de reflexión, si serio, es el reinicio de la ignorancia. Después del impulso por saber, lo único más valioso es el reconocimiento y renacimiento diario de la ignorancia” (p. 9). Para muchas de las mentes más lúcidas, esto es sin duda un atrevimiento.

El objetivo de Mauricio Tenorio es hacer que sus lectores ignoren una serie de cosas que seguramente sabían, y muy bien (como la autenticidad

dad de nuestro nacionalismo o lo admirable de nuestra tolerancia, sólo por mencionar un par). Su objetivo es noble, pero insisto: atrevido. Destaca en él un interés insaciable por preguntarse sobre todas las cosas y desde todas las perspectivas, por dudar de todas las ideas y todas sus interpretaciones. En este sentido, la obra de Mauricio Tenorio resulta una suerte de ventana abierta hacia la multiplicidad de posibilidades para pensar con libertad.

Esta reunión de doce ensayos, ya antes publicados en revistas y libros, es un *collage* de sus propuestas por saber olvidar un conjunto abigarrado de hechos e ideas en los que creíamos durante mucho tiempo. Todos estos ensayos nos ponen frente a un espejo que refleja una imagen diferente de nosotros, posiblemente menos agradable, pero un tanto más fiel a lo que somos en realidad. Más importante aún es que en este proceso por comprendernos mejor se adquiere una especial capacidad para aprender a entender las cosas que nos rodean, comenzando por desconocer lo que ya sabíamos sobre ellas. Así, este esfuerzo de realismo es fiel al consejo de Valéry: "la mejor educación consiste en desprender nuestra primera educación" (p. 147).

La variedad de temas que están compendiados en este libro lo hacen inagotable. Van desde la imagen de una modernidad nostálgica presentada por México en la exposición universal de Sevilla, España, en 1992, hasta la descripción de los oficios intelectuales más recurrentes en la época de crisis —como el transitólogo, el

identitólogo, el intelectual *free lance* o el letrado guerrillero—, sin descartar esa extraña y vieja profesión que es la del "indigenista". Todo ello pasando por el análisis de la cultura nacionalista y la seguridad nacional en la "refutación al teorema de Masiosare" (ese extraño enemigo); lo intolerable de nuestra "tolerancia" (palpable en una xenofobia evidente o una indiferencia funcional hacia la marginación social); y los descubrimientos y los olvidos en la relación historiográfica entre México, Estados Unidos y Canadá (descritos en un par de artículos: uno sobre lo que tiene a bien llamar "TLCeología" y otro que reproduce el título del famoso libro de Choderlos de Laclos combinado con subtítulos de un viejo bolero peruano de Rafael Otero cantado por Lucha Reyes).

Asimismo, dentro de una reflexión histórica e historiográfica profunda, hay tres temas que me han resultado —dicho sea con toda arbitrariedad— más interesantes que los otros: el lenguaje, los intelectuales y el nacionalismo. Los dos primeros revelan mucha de la personalidad de Mauricio Tenorio. Con respecto al lenguaje, su habilidad bilingüe nos permite entender la permeabilidad del lenguaje frente a diferentes ámbitos culturales —como en los casos de George de Santayana y Sergio Atila Guerrero— o frente a un sentido común presumiblemente más "científico", y que a la larga no causa sino risas y ternura. En el caso de los intelectuales, su condición más cercana, Tenorio confiesa que esto es "egolatría (pues sólo ellos hablan sobre ellos)" (p. 171); pero reconoce los problemas

y los retos de los intelectuales mexicanos modernos, pues pareciera que no deben dedicarse a otra cosa, sino a descubrir, ensayando, el hilo negro del país, y además la urgencia por cambiar sus ánimos, proyectos y expectativas, gracias a que su relación con el poder político ha cambiado.

En el caso del nacionalismo, me he permitido una reflexión adicional. Desde la perspectiva que propone Mauricio Tenorio, el nacionalismo es un fenómeno global y moderno; un hecho *anacional* e inevitable; es decir, “una vez que la idea del Estado-nación se generalizó, el nacionalismo se convirtió en un requisito ontológico de la modernidad” (p. 74). (Recuérdese que el sentimiento nacional es propio de la reacción romántica —una conciencia de la individualidad— de finales del siglo XVIII y principios del XIX, como un talante hacia el orden estatal.) En oposición a nuestra esperanza de particularidad nacionalista, “tristemente, las naciones son ocurrencias históricas modernas y no existen más que como tales: como resultados aleatorios de la historia sin más parámetro de autenticidad que su artificialidad misma” (p. 76). “El nacionalismo moderno, pues, no refleja identidades esenciales sino que imita, transforma y destruye un sinnúmero de identidades en constante conflicto y cambio” (p. 80). Así, la nación —como una entidad sentimental, como una construcción ideológica— sólo está en la cabeza de quienes piensan en ella. En el caso de México

El nacionalismo llevó a la creación de una imagen nacional formada por

una búsqueda constante de la esencia histórica (esto es, el pasado indígena y una estructura fundacional épico-mítica), una definición racial (la belleza de las tierras y su productividad), una posición económica (protección de una burguesía nacional, captación de inversión extranjera, inmigración y reconocimiento económico internacional), y el inevitable intento de alcanzar, como nación, lo cosmopolita (p. 73).

Diríamos, sólo para completar, que nuestro nacionalismo es un acto voluntarista —la nación como voluntad, como anhelo— y victimista —es un mártir sufriente y oprimido, y que por el solo hecho de serlo, adquiere valor.

Pero Mauricio Tenorio es atrevido también en otro sentido. Todos los ensayos de este libro nos proponen ignorar, aunque sea por un momento, las formas limitadas del academicismo y atrevernos a recuperar la liberación que implica “el ensayar”. Su objetivo es ir más allá del artículo académico, de ese cotarelo vacío y pretencioso; cerrado, doctrinario y tedioso como un mal tratado, y a la vez incompleto, parcial y fragmentado como un mal ensayo. Como él nos dice, el ensayo “ante todo es crítica, pero es una forma especial de crítica: es un arte. Nos remite a las formas antes que a los contenidos [...] es inacabado, es sólo eso: un ensayo” (p. 129). Recuerdo ahora las palabras de Gabriel Zaid:

Un ensayo no es informe de investigaciones realizadas en el laboratorio: es el laboratorio mismo, donde se

ensaya la vida de un texto, donde se despliega imaginación, creatividad, experimentación y sentido crítico del autor. Ensayar es eso: probar, investigar, nuevas formulaciones habitables por la lectura, nuevas posibilidades de ser leyendo [...] su ciencia es la del artista que sabe experimentar, combinar, buscar, imaginar, construir, criticar lo que quiere decir, antes de saberlo.

Finalmente, su atrevimiento es, además de todo, estético, de un cuidado especial por la escritura; su pre-

tensión es decir lo impronunciable en lengua científica, y en esa medida recuperar la conciencia del lado creativo y experimental del ensayo, de sus ensayos.

Mauricio Tenorio ha escrito un libro no sólo lúcido, inteligente, incitante, quizá inagotable y, sobre todo, divertido; además lo ha escrito muy bien: su prosa revela un estilo —incluso a veces barroco— preocupado por el peso de cada una de las palabras, sin limitaciones (académicas). En fin, es un libro atrevido.